

# *Desenterrando a los ancestros: los orígenes de la paleontología humana\**

FRANCISCO PELAYO

INSTITUTO DE HISTORIA DE LA CIENCIA Y DOCUMENTACIÓN  
(CSIC – UNIVERSIDAD DE VALENCIA)

## **Introducción**

Aunque la paleontología humana empieza a configurarse como disciplina científica durante el siglo XIX, en los siglos anteriores se publicaron referencias mencionando la existencia de restos humanos petrificados. Como la mayor parte de estas alusiones describían falsos «hombres fósiles», Georges Cuvier, paleontólogo de gran influencia en los medios científicos europeos, presentó estos errores para argumentar que no había datos positivos que demostraran la existencia de restos fósiles humanos. En cualquier caso, los textos y grabados en los que aparecieron descritos o representados huesos humanos petrificados, dieron lugar a los primeros debates científicos que precedieron al posterior desarrollo de la paleontología humana.

El término paleontología humana fue utilizado por primera vez en Francia a mediados del siglo XIX<sup>1</sup>. Las primeras menciones de esta expresión se encuentran en trabajos de Alphonse Esquiros, en 1848, y de Etienne Serres, en 1853. Esquiros usó el término al referirse a la práctica de recoger y comparar cráneos modernos hallados en cementerios y en tumbas de iglesias que realizaba el abad Frère, para confirmar su tesis acerca del perfeccionamiento moral e intelectual de las naciones<sup>2</sup>. Por su parte, Serres, en su «Note sur la paléontologie humaine», comunicación presentada en la Academie de Sciences de París, abordó bajo dicho título la historia de las antiguas razas o tipos humanos galos<sup>3</sup>.

Unos años después, en 1870, Ernest-Théodore Hamy, preparador de Antropología en la École Pratique des Hautes-Études, publicó la obra *Précis de Paléontologie Humaine*. Reconocía la prioridad de Serres en el uso del término «paléontologie humaine» pero discrepaba de él, ya que en su opinión debía aplicarse al estudio del hombre fósil. Para Hamy, el objetivo de esta disciplina debía ser encargarse de la historia de las razas humanas, cuyos restos y huesos se encontraban en los depósitos anteriores al período geológico actual. Pensaba que esta definición tenía la ventaja de dar cabida a la arqueología, la antropología y la geología, que eran las tradiciones de investigación en las que se basaba la nueva disciplina<sup>4</sup>.

En los inicios de esta disciplina científica no hubo unanimidad a la hora de denominarla. Por ejemplo en España, Juan Vilanova y Piera, catedrático universitario de

---

\*Trabajo realizado en el marco del Proyecto de Investigación (MCyT) BHA2003-04414-C03-02 y con financiación de FEDER.

<sup>1</sup> LAURENT, G. 1993. “Edouard Lartet (1891-1870) et la paléontologie humaine”. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, t. 90, n,1-2 :22-30.

<sup>2</sup> ESQUIROS, A. 1848. “Des Études contemporaines sur l’histoire des races”. *Revue des Deux Mondes*, t. XXI: 982-1002.

<sup>3</sup> SERRES, E. 1853. “Note sur la paléontologie humaine”. *Comptes-rendus de la Académie des Sciences de Paris*, vol. 37: 518-525.

<sup>4</sup> HAMY, E.-T. 1870. *Précis de Paléontologie Humaine*, Paris : 3.

Geología y Paleontología, utilizó en 1875 el término «Paleo-antropología» en su curso sobre Prehistoria impartido en el Ateneo Científico y Literario de Madrid. Comentaba que en lugar de paleontología humana o arqueología prehistórica, prefería usar el término paleoantropología para referirse al estudio del hombre primitivo u hombre fósil. En este sentido, para Vilanova el objeto de estudio de la disciplina era el hombre antiguo, englobando tanto el examen de los restos humanos, fueran o no fósiles, como el de las variadas manifestaciones de su actividad física, intelectual y afectiva<sup>5</sup>.

Las dudas de emplear como alternativa el término arqueología prehistórica tenían su fundamento. En efecto, ante la dificultad de encontrar fósiles humanos, el hallazgo de instrumentos líticos con todas las evidencias de haber sido fabricados por el hombre fue la principal prueba de la antigüedad de la humanidad, muy superior a la que se establecía de una lectura del relato bíblico. En este sentido, fue decisiva la labor realizada en Francia por Jacques Boucher de Perthes. Con sus excavaciones paleontológicas proclamó la existencia del hombre antediluviano, oponiéndose al paradigma dominante impuesto por Cuvier, contrario a la existencia del «hombre fósil».

En síntesis, puede decirse que en sus orígenes, la paleontología humana se fue articulando a partir de prácticas científicas propias de disciplinas como la anatomía comparada, la antropología, la arqueología y la geología, además de tradiciones vinculadas a la historia y a la filología.

Los autores que han analizado los orígenes de la paleontología humana coinciden en señalar que esta disciplina científica comienza a configurarse en torno a 1860, tras la publicación de *On the Origin of Species* (1859) de Charles Darwin.

Así, Hublin (1989) considera que entre 1856 y 1859 tres acontecimientos científicos cambiaron la opinión dominante en relación al «hombre fósil»: el descubrimiento del hombre de Neanderthal, la formulación de la teoría de la evolución de Darwin y la aceptación de la tesis de Boucher de Perthes sobre la gran antigüedad del hombre basada en la identificación de los útiles paleolíticos. Señala también Hublin dos cuestiones. Una es que en las primeras décadas del siglo XIX el debate se centró en torno a si los hallazgos de restos humanos correspondían a verdaderos o falsos «hombres fósiles». La segunda, que hubo que esperar a la segunda mitad de la centuria para que se establecieran dos grupos fósiles humanos: neandertales y cromañones<sup>6</sup>.

Por su parte, Delisle (1998) realiza un análisis histórico y epistemológico de los orígenes de la paleontología humana. Expone que la estrecha relación entre el hombre y los monos antropoides, junto con la cuestión de la ascendencia simia de los humanos que los evolucionistas alegaron basándose en estudios de embriología y anatomía comparada, proporcionaron una matriz interpretativa en la que se enmarcó el desarrollo de la disciplina en la segunda mitad del siglo XIX. Pero encuentra que estas premisas sugieren diferentes interpretaciones para los orígenes de la paleontología humana.

Una de ellas es incidir en la importancia que tuvieron las opiniones científicas de los darwinistas en la búsqueda del eslabón perdido, así como en el debate paralelo sobre la existencia del hombre o de un precursor humano en el período geológico terciario. Otra puede remarcar la historia selectiva de los descubrimientos de restos fósiles que tuvieron más impacto (Moulin-Quignon, Cro-Magnon...), con la alternativa de centrarse en el hallazgo del cráneo de Neandertal en 1856 como acto fundacional de la paleontología humana. Incluso cabe la interpretación basada en la relevancia de la perspectiva no evolucionista, recordando que la clasificación de los restos humanos

---

<sup>5</sup> VILANOVA, J. 1875. "Importancia de la Paleo-antropología". *Revista Europea*, III, n. 50: 484-486.

<sup>6</sup> HUBLIN, J.-J. 1989. "Homes fossiles vrais et faux. L'essor de la Paléoanthropologie européenne au milieu du XIX<sup>e</sup> siècle". *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, t. I, n.3-4: 153-164.

fósiles, básicamente de los ejemplares craneales, se abordó en un marco en el que se formuló la sucesión de razas en lugar de especies.

Según Delisle, las interpretaciones sobre los orígenes de la paleontología humana durante el siglo XIX desarrolladas en trabajos especializados, en lo esencial son semejantes a las que se exponen en obras de divulgación científica. Para él esto es una concordancia que resulta inquietante, por lo que supone de pérdida de renovación de la historiografía de la paleontología humana, al tiempo que constituye el corpus de ideas que reflejan la posición historiográfica oficial de los paleoantropólogos contemporáneos.

Delisle habla de orígenes múltiples en el surgimiento de la paleontología humana. Afirma que para entender la emergencia de esta disciplina en torno a 1860, es preciso reconocer en el proceso de su configuración la existencia de tres fuentes activas durante la primera mitad del siglo XIX: la etnogenia europea o marco en el que desde una perspectiva no evolucionista se abordó la sucesión de las razas en lugar de las especies, la controversia entre monogenismo y poligenismo y el debate sobre los nuevos datos procedentes de la paleontología, la embriología y la sistemática. Así, estos orígenes múltiples de la paleontología humana conforman una red compleja, constituida por elementos empíricos, teóricos, conceptuales y metodológicos, indicativa en su opinión de que el conocimiento científico es un proceso de naturaleza reticulada<sup>7</sup>.

### **Citas de huesos humanos fósiles (siglos XVI al XVIII)<sup>8</sup>**

Las primeras referencias sobre petrificaciones imputadas a huesos humanos son las descripciones de restos óseos de grandes mamíferos, que se atribuían a antiguos hombres gigantes. En las obras de autores clásicos y en relatos y tradiciones de los indígenas de América, se encontraban alusiones a descubrimientos de enormes huesos fósiles, que parecían implicar la existencia en el pasado de antiguos pueblos de gigantes. Como además, la Biblia y los relatos de viajes de los navegantes que atravesaban el estrecho de Magallanes, mencionaban la existencia de gigantes, estuvo muy extendida entre los europeos de los siglos XVI al XVIII la evidencia de que los enormes restos óseos petrificados podían haber pertenecido a una antigua raza de hombres gigantes<sup>9</sup>.

Para corroborar que los gigantes eran hombres de gran tamaño, el jesuita Athanasius Kircher publicó en su obra *Mundus subterraneus* (1678) un grabado en el que representaba distintos tipos de gigantes. La mayor de las figuras correspondía al tamaño del supuesto gigante que tendría extrapolando las medidas del esqueleto hallado en Trapani, cerca de Sicilia, que según Boccacio medía doscientos codos. Otra era la del Goliath bíblico. Para comparar estaturas, mostraba la talla del *Homo ordinarius*, el hombre común. Todas las figuras fueron representadas por Kircher con la misma silueta, siendo las dimensiones la única diferencia entre ellas.

Aparte de los huesos de gigantes, en obras de los siglos XVI y XVII hay referencias de huesos fósiles humanos entre los objetos singulares que se exhibían en los gabinetes de curiosidades. Ejemplos son la pierna y el pie petrificados del museo

---

<sup>7</sup> DELISLE, R. 1998. "Les origines de la Paléontologie Humaine: essai de réinterprétation". *L'Anthropologie*, t. 102, n. 1 : 3-19.

<sup>8</sup> Para una información más detallada de las referencias a huesos humanos petrificados en los siglos anteriores al siglo XIX: PELAYO, F. 2004. "En busca del hombre antediluviano: los inicios del debate sobre la antigüedad del hombre y la existencia de restos fósiles humanos". *Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, III, 2ª época, pp. 117-170.

<sup>9</sup> PELAYO, F. 1996. *Del Diluvio al Megaterio. Los orígenes de la Paleontología en España*. CSIC. Madrid y PELAYO, F. 1999. "El orden natural y los gigantes: la *Gigantologia Spagnola Vindicata* (1760) de José Torrubia". *Temas Geológicos-Mineros ITGE*. 26: 685-716.

Calzolari recogidos en el catálogo de 1584, o las petrificaciones humanas conservadas en otros museos.

En el siglo XVIII, en una comunicación de las *Philosophical Transactions* de la Royal Society de Londres de 1746, se publicó que en la villa Ludovisia en Roma se conservaba un conjunto de huesos que pertenecían al esqueleto de un hombre petrificado. Acompañaba un grabado con el ejemplar fósil<sup>10</sup>. A este respecto François-Maximilien Misson aseguraba que el aparente ejemplar de fósil humano era un error, ya que los huesos no estaban en absoluto petrificados sino que se amontonaban formando una especie de incrustación pétreo.

Importantes en la historia de la paleontología humana por la relevancia que tendría más adelante, fueron los huesos fósiles de humanos encontrados en 1700 en Cannstatt, cerca de Stuttgart<sup>11</sup>. La excavación se emprendió tras haberse hallado restos de un elefante, polemizándose si había pertenecido al ejército de Aníbal, si eran los restos de un lugar de sacrificio romano o si el cadáver del animal había sido depositado por el diluvio universal<sup>12</sup>. Más adelante, a comienzos del siglo XIX, Georges Cuvier al discutir la existencia del hombre fósil, consideró que efectivamente eran humanos los restos pero que no podía determinarse su antigüedad porque en la excavación se había removido el terreno sin tomar precauciones.

### El *Homo diluvii testis*.

Los presuntos restos fósiles humanos que tuvieron mayor repercusión en la comunidad científica y que suscitaron el origen de la cuestión sobre el hombre fósil durante el siglo XVIII, fueron los que el médico suizo Johann Jacob Scheuchzer atribuyó a una persona ahogada durante el diluvio universal: el *Homo diluvii testis*.

En su obra de 1708 *Piscium querelae et vindiciae*, Scheuchzer había atribuido unos huesos fósiles al género humano. Eran unas vértebras que había encontrado junto con un amigo cerca de la ciudad de Altdorf, en el monte donde ahorcaban a los condenados. Su compañero, horrorizado al pensar que podían tratarse de los restos de un ajusticiado, arrojó al vacío la piedra en la que sobresalían ocho vértebras. Scheuchzer pudo rescatar dos de ellas. Tras suponer que las vértebras habían pertenecido a un hombre ahogado por las aguas diluviales, las representó en su obra sobre los peces fósiles. Estas dos vértebras, que hoy se sabe que pertenecieron a un ictiosaurio<sup>13</sup>, fueron las primeras pruebas presentadas por Scheuchzer que apoyaban sus tesis sobre la existencia del «hombre fósil», víctima de la catástrofe diluvial.

Estas vértebras dieron lugar a una controversia con su colega Johann Jacob Baier, quien no admitió que los ejemplares de Scheuchzer correspondieran a la espina dorsal de un hombre. Aseguró que al compararlas con vértebras humanas podía apreciarse que las diferencias eran notables, manteniendo que eran de peces. Así lo hizo constar al representar en su obra *Oryctographia Norica* dos ejemplares de restos óseos parecidos.

El grabado de las vértebras de Baier fue reproducido en la *Oryctologie* (1755) de Antoine-Joseph Dezallier d'Argenville e incluido junto con otros restos óseos en el

---

<sup>10</sup> “An account of some human bones incruated with stone, now in the villa Ludovisia at Rome”. *Philosophical Transactions*. Vol. XLIII, 1746: 557-560, figura Tab. II (entre págs. 480-481).

<sup>11</sup> GROENEN, M. 1994. *Pour une histoire de la Préhistoire*. Éditions J. Million. Grenoble: 248.

<sup>12</sup> WENDT, H. 1972. *Antes del diluvio*. Noguer, Barcelona: 33.

<sup>13</sup> Un estudio reciente de la obra *Piscium querelae et vindiciae* de Scheuchzer se encuentra en: GAUDANT, J; BOUILLET, G. 1997. Aux sources de la Paléoichthyologie: les Doléances et revendications des Poissons (*Piscium querelae et vindiciae*) de Johann Jakob Scheuchzer (1708). In : *De la géologie á son histoire. Ouvrage édité en hommage à François Ellenberger*. G. GOHAU, Ed. págs. 37-59.

apartado de partes del cuerpo humano que se habían encontrado petrificadas<sup>14</sup>. Años después, Cuvier criticó la facilidad con que los naturalistas habían atribuido al género humana huesos fósiles petrificados. Afirmaba que sólo con poseer ligeras nociones de osteología, o simplemente utilizar un esqueleto como modelo para comparar, podía apreciarse que las vértebras petrificadas no eran humanas, sino de cocodrilo.

A manos de Scheuchzer llegó en 1725, procedentes de Oeningen, cerca del lago Constanza un cráneo y siete vértebras que determinó como humanos, en gran medida por su tamaño, ya que por las proporciones del esqueleto estimaba que la altura del organismo debía ser aproximadamente igual a la suya. Representó el fósil en un folleto titulado *Homo diluvii testis et Theoskopos* (1726) –el hombre testigo del diluvio y mensajero divino– donde mantuvo que el ejemplar era más antiguo que todos los monumentos romanos, griegos, egipcios y restantes de Oriente conocidos.

Añadió con la figura un dístico que decía:

«¡Triste osamenta de un pecador empedernido

Conmueve, piedra, el corazón de los modernos hijos del mal! »

Según Scheuchzer no se habían encontrado huesos fósiles humanos porque los hombres habían llegado antes de ser castigados con la catástrofe a un grado tal de corrupción moral, que se habían hechos merecedores del olvido eterno. Por eso, pensaba que no eran verdaderos restos humanos los que se exhibían como tales en los gabinetes de curiosidades<sup>15</sup>.

Los restos del «hombre antediluviano» de Scheuchzer, hasta su identificación en el siglo XIX como pertenecientes a una salamandra gigante del Mioceno, fueron objeto de debate. Así, el *Homo diluvii testis* fue representado en 1755 por Dezallier d'Argenville<sup>16</sup>. Junto al fósil de Scheuchzer y las dos vértebras de Baier, d'Argenville incluyó las referencias de Kircher sobre los restos óseos humanos de la villa Ludovisia y del esqueleto de gigante encontrado en Sicilia, el pie de hombre petrificado recogido en el museo de Calzolari, el cráneo de un hombre con sus dientes, encontrado en Istria, citado en la obra Giovanni Jacopo Zannichelli, fetos petrificados, huesos fósiles diversos y el famoso cráneo humano petrificado, que había sido encontrado a dos leguas de Reims.

Posteriormente, en 1768, el *Homo diluvii testis* fue recogido en el *Sistema Naturae* por Linné, quien lo consideró como una petrificación, incluyéndolo dentro del reino mineral junto con otras referencias sobre «anthropolitos».

Hubo un rechazo a aceptar que el fósil de Scheuchzer fuera el de un hombre antediluviano. Así, en 1758, Johannes Gesner mantuvo que el fósil pertenecía a un pez de agua dulce del género *Silurus glanis*, opinión que sería compartida por otros naturalistas<sup>17</sup>.

Cuvier identificó el ejemplar a comienzos del siglo XIX. Abordó el estudio del fósil partiendo de una copia del grabado de Scheuchzer y comparándola con un dibujo de otra muestra. Del estudio de anatomía comparada, en donde contrastó los esqueletos del fósil con los de una salamandra común, un siluro y una salamandra gigante, Cuvier

---

<sup>14</sup> DEZALLIER d'ARGENVILLE, A.J. 1755. *L'Histoire naturelle éclaircie dans une de ses parties principes, l'Oryctologie, qui traite des terres, des pierres, des métaux, des minéraux et autre fossiles*. Chez de Buré l'aîné. Paris: 329-331, Plancha 17, fig. 2

<sup>15</sup> Puede verse JAHN, M.E. 1969. "Some Notes on Dr. Scheuchzer and on *Homo diluvii testis*". In: *Toward a History of Geology*. C.J. SCHNEER (ed.). Cambridge, M.I.T. Press, págs. 192-213.

<sup>16</sup> DEZALLIER d'ARGENVILLE. 1755: 329. La figura 1 de la plancha 17 de la *Oryctologie*, va acompañada de una descripción de los huesos y músculos petrificados.

<sup>17</sup> CUVIER, G. 1812. Sur le prétendu Homme Fossile des carrières d'Oeningen, décrit par Scheuchzer, que d'autres naturalistes ont regardé comme un Silure, et qui n'est qu'une Salamandre, ou plutôt un Protée, de taille gigantesque et d'espèce inconnue. *Recherches sur les ossemens fossiles de quadrupèdes*. Paris T. IV : 11-12, fig. 37.

concluyó que el ejemplar con el que se había querido demostrar la existencia del hombre fósil, era en realidad una salamandra gigante de especie desconocida, pero que recordaba al proteo de México, llamado axolotl<sup>18</sup>. Pocos años después, J.J. Tchudi lo determinó como *Andrias Scheuchzeri*<sup>19</sup>.

### *Petrificaciones humanas en España (siglo XVIII)*

En la disertación «Peregrinaciones de la Naturaleza», publicada en el tomo séptimo del *Teatro Crítico Universal* (1736) del beneditino Benito Jerónimo Feijoo, polígrafo y divulgador de las ciencias, hay una mención de la existencia de huesos humanos petrificados en el término de Conclud (Teruel). Feijoo relata que en un paraje cercano a esta localidad se encontraban piedras que representaban diferentes huesos del cuerpo humano. Tras conseguir muestras de las petrificaciones, las envió a dos médicos expertos anatomistas para que los examinasen y dictaminasen si eran huesos humanos petrificados.

Feijoo aseguraba que algunos de los ejemplares petrificados de este yacimiento mostraban indicios claros de que en el pasado habían sido verdaderos huesos, ya que aún conservaban la contextura y el peso característico de los materiales óseos, al tiempo que otros se encontraban aún en proceso de petrificarse. Sugería que los huesos humanos petrificados de Conclud podían corresponder a los restos de los cadáveres de una antigua batalla.

Unos años después, en 1754, fue otro clérigo ilustrado, José Torrubia, quien discutió sobre las petrificaciones humanas de Conclud<sup>20</sup>. A diferencia de Feijoo, que fue un erudito que teorizó desde su gabinete, Torrubia fue un naturalista de campo que recorrió regiones de Filipinas, México y España.

En su obra *Aparato para la Historia Natural Española* (Madrid, 1754), Torrubia realizó una defensa de la hipótesis que consideraba al diluvio universal el fenómeno geológico que mejor explicaba el hallazgo de fósiles marinos en lugares alejados del mar. Partiendo de esto debatió sobre los huesos petrificados de Teruel. Tras conseguir materiales, entre ellos una calavera petrificada bastante entera, ratificó la opinión de Feijoo de que no eran piedras con forma de huesos, sino restos óseos petrificados y añadía que no sólo se encontraban en Conclud sino también en otras partes.

Torrubia aseguraba que la calavera procedente del yacimiento de Conclud era humana. Lo demostraba la configuración del cráneo, en el que se podían apreciar las suturas y los distintos huesos que lo componían, así como por la existencia del foramen, en la base del occipital<sup>21</sup>. Añadía que para demostrar que los huesos eran humanos le bastaba la prueba que le proporcionaba el examen de los huesos con el microscopio. En primer lugar, podía apreciarse la presencia de tuétano en la cavidad de los huesos, lo que era una señal característica de una anterior existencia de sustancia nutritiva, cuyo origen no podía deberse al jugo lapidífico que había petrificado el hueso. Además,

---

<sup>18</sup> Véase COHEN, C. 1999. Les infortunes de l' « homme témoin du Déluge ». In: L'Homme des Origine. Savoirs et fictions en Préhistoire. Éditions du Seuil. Paris: 26-41.

<sup>19</sup> TSCHUDI, J.J. 1837. "Über der Homo diluvii testis, *Andrias Scheuchzeri*". *Neues Jahrbuch Mineralogie, Geognosie, Geologie und Petrefaktenkunde*: 545-547.

<sup>20</sup> PELAYO, F. 1994. "El Aparato para la Historia Natural Española de José Torrubia (1698-1761): diluvismo, gigantes y la naturaleza de los fósiles, en el pensamiento español del siglo XVIII". In: *Aparato para la Historia Natural Española (Aut. J. Torrubia)*. Edición facsímil. Instituto de Geología Económica. Madrid, págs. 3-45.

<sup>21</sup> TORRUBIA, J. 1754. *Aparato para la Historia Natural Española*. Madrid, Imprenta de los Herederos de Don Agustín de Gordejuela y Sierra. Madrid, pág. 49.

mientras los huesos se habían petrificado manteniendo su forma, el tuétano o médula había cristalizado<sup>22</sup>.

Los huesos humanos petrificados de Concud sirvieron de excusa a Torrubia para polemizar sobre la existencia de gigantes. La cuestión se planteó por el hallazgo de grandes huesos fósiles descubiertos en los dominios españoles de América, que habían sido mencionados por los cronistas de Indias<sup>23</sup>. Torrubia aseguraba que durante su estancia en México había tenido en su poder huesos de gran tamaño que para él eran humanos<sup>24</sup>.

Otras menciones de la presencia de huesos humanos petrificados Concud, se encuentran en las obras de William Bowles<sup>25</sup> y de Ignacio Jordán de Asso<sup>26</sup>, recogidas durante sus respectivos viajes por Aragón.

### *Restos fósiles atribuidos a humanos hallados en cavernas y brechas de huesos.*

Una de las referencias más comentadas al hallazgo de huesos humanos en estado fósil a finales del siglo XVIII, fue la que Johann Friedrich Esper. Explorando en las cavernas calizas de Gailenreuth, en Baviera, encontró un depósito de huesos de animales, entre los que halló restos humanos. Las cuevas, que algunos consideraban que habían sido antiguos refugios de cristianos, contenían numerosos huesos que por su tamaño no podían ser humanos, a no ser que hubiesen pertenecidos a gigantes y a enanos. Mezclados en este depósito de huesos de animales, Esper descubrió la mandíbula de un hombre que conservaba en su lado izquierdo dos molares y un incisivo. Cerca había un omóplato hasta tal punto bien conservado que incluso la apófisis coracoides no se encontraba muy deteriorada. Esper no se atrevió a asegurar que ambos huesos habían pertenecido al mismo individuo. Lo que no planteó ninguna duda era de que los dos habían formado parte de un esqueleto humano, ya que por su estructura no podían ser confundidos con huesos de animales. Posteriormente encontró un cráneo humano en bastante buen estado. Teniendo en sus manos estos restos humanos, Esper se planteó el origen de los hombres a quienes habían pertenecido los huesos: Tal vez a un druida o a un hombre antediluviano o quizás a alguna persona de una época más reciente.

Otra descripción del hallazgo de huesos humanos, que sería discutida años después por Cuvier, fue realizada en 1786 por el naturalista italiano Lazzaro Spallanzani, en un trabajo en el que describió las observaciones realizadas en la isla jónica de Cerigo, antes llamada Citera, situada entre el Peloponeso y Creta<sup>27</sup>.

Spallanzani abordó la cuestión de los huesos fósiles que se encontraban en la isla de Cerigo, que se hallaban en una elevada montaña en el centro de la isla. Hizo extraer muestras de los restos óseos para analizar su composición y averiguar a qué especie

---

<sup>22</sup> Torrubia. 1754, pág. 50.

<sup>23</sup> PELAYO, F. 1994. "El mito de los gigantes americanos. Un debate de la paleontología de vertebrados española durante la época colonial". In: *Nouveau Monde et Renouveau de l'Histoire Naturelle III*. M.C. BENASSY, J.P. CLÉMENT, F. PELAYO & M.A. PUIG-SAMPER (Coords.), págs. 161-181, Presses de la Sorbonne Nouvelle. Paris.

<sup>24</sup> TORRUBIA. 1754, págs. 76 y 78.

<sup>25</sup> BOWLES, G. 1775. *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España*. Imprenta D. Francisco Manuel de Mena. Madrid, págs. 210-215: "Singular depósito de huesos humanos y de animales domésticos de Concud en Aragón".

<sup>26</sup> ASSO, I. 1784. *Introductio in Oryctographiam, et Zoologiam Aragoniae*. Amsterdam: "Zoolithus ossium humanorum".

<sup>27</sup> SPALLANZANI, L. 1786. "Osservazioni Fische istituite nell'Isola di Citera oggidì detta Cerigo". *Memorie di Matematica e Fisica della Società Italiana*. III (serie I), n. 4: 439-464.

pertenecían. Creyó que la mayor parte de los huesos eran humanos, sobre todo al observar algunas falanges de los dedos y algún trozo de radio y de tibia. Además, el médico de la isla aseguró a Spallazani que se había excavado de ese monte una mandíbula humana con sus dientes y un trozo de cráneo humano, en el que se podían apreciar las diversas suturas<sup>28</sup>.

### **El debate sobre el hombre fósil en la primera mitad del siglo XIX**

Durante los años de tránsito entre los siglos XVIII y XIX, continuó cuestionándose la validez de las identificaciones que consideraban humanas determinados restos petrificados. Así J. F. Blumenbach, catedrático de Anatomía en Göttingen, rechazó citar las referencias a las petrificaciones antropomórficas, porque consideraba que los huesos fósiles que se habían considerado humanos, no lo eran. Y por el contrario, algunos huesos que eran realmente de hombres y que se habían tomado como petrificaciones humanas, con toda seguridad no eran fósiles.

Pero estas manifestaciones de Blumenbach en las que negaba que hasta ese momento se hubiesen encontrado verdaderos restos fósiles de hombre, fueron seguidas durante las primeras décadas del siglo XIX, de hallazgos que contradecían la orientación del anatomista alemán.

Por de pronto, a comienzos de la centuria, se descubrieron en 1805 unos esqueletos en la costa noroeste de la isla de la Guadalupe, en las Antillas francesas. Algunos de los que lo vieron *in situ* pensaron que eran restos de cadáveres que habían perecido en algún naufragio. Antes de que se pudiese enviarlo a París, la isla fue tomada por los ingleses y el esqueleto se llevó al Museo Británico<sup>29</sup>. En esta institución fue examinado por el conservador de mineralogía Charles König<sup>30</sup>. Con posterioridad se extrajo en la Guadalupe otro de los esqueletos que se llevó a la metrópoli y se expuso de exhibición en el Gabinet du Roi en París. Según Cuvier representó el ejemplar no era un fósil, sino una formación reciente. Tenía las rodillas dobladas, con parte de la mandíbula superior, la mitad de la inferior, casi todo un lado del tronco y de la pelvis, y una gran parte de las extremidades superior e inferior izquierdas.

Otro descubrimiento de huesos humanos apoyó la posibilidad de la existencia del hombre fósil. El hallazgo se debió al barón von Schlotheim. En 1820 encontró en una gruta de Köstritz, cerca de Leipzig, dientes humanos mezclados con restos de diferentes especies. Schlotheim reconoció que la asociación de los huesos era un indicio de la contemporaneidad del hombre con los mamíferos extinguidos en Centroeuropa.

#### *La oposición de Cuvier a la existencia del hombre fósil.*

En su *Discours sur les Révolutions de la Surface du Globe*, publicado por primera vez como introducción de su monumental obra *Recherches sur les ossements fossiles de Quadrupèdes* (1812), Cuvier expuso con rotundidad que no existían huesos humanos fósiles: «Il n'y a point d'os humains fossiles». Se ha querido matizar esta aseveración del paleontólogo francés, señalando que se refería al hecho de que hasta ese momento, primeros años del siglo XIX, no se habían encontrado en terrenos anteriores a

---

<sup>28</sup> Con posterioridad se determinaron como huesos de cetáceos.

<sup>29</sup> CUVIER, G. 1825. *Discours sur les révolutions de la surface du globe*. Paris. (Se ha consultado la edición de Christian Bourgeois Éditeur, 1985, páginas 123-124.

<sup>30</sup> KONIG, C. 1814. On a fossil human skeleton from Guadaloupe. *Philosophical Transactions of the Royal Society of London*. 104: 107-120.

la última gran catástrofe geológica ejemplares fósiles que pudieran ser atribuidos sin la más mínima duda al hombre.

Cuvier afirmaba que nunca se habían encontrado huesos humanos entre los fósiles propiamente dichos, entendiendo por éstos los que se encontraban en las capas geológicas de la superficie terrestre. Admitía que en las turberas y en los modernos terrenos de aluvión, sí podían desenterrarse restos óseos de hombres junto con los de otras especies. Asimismo, podían encontrarse huesos humanos en las grietas de las rocas y en las grutas en donde las estalactitas se habían acumulado sobre ellos, pero nunca en los yacimientos que encerraban los restos de antiguas faunas, como la de los paleoterios, ni siquiera en los correspondientes a elefantes y rinocerontes<sup>31</sup>.

Para confirmar su negativa a aceptar la existencia del hombre fósil, Cuvier aseguraba que había visto millares de huesos hallados en las yeseras de los alrededores de París y ninguno era humano, en contra de lo que creían los obreros que los encontraban. Discutía a continuación los ejemplares fósiles que habían sido atribuidos a restos humanos. Decía haber examinado en Pavía los huesos traídos por Spallanzani de la isla de Cerigo, y sostenía que no había alguno que pudiera considerarse humano. En cuanto al *Homo diluvii testis* de Scheuchzer, comentaba que ya lo había determinado como una salamandra. En cambio, sí consideraba que eran humanos, los huesos hallados en Canstadt en 1700. Podían apreciarse entre ellos un fragmento de mandíbula y otros restos humanos, pero recordaba que el terreno de donde se habían extraído había sido removido sin método, y que además no se había tenido en cuenta el estrato en donde se había descubierto cada muestra<sup>32</sup>.

Según Cuvier, al someter a un examen anatómico los restos óseos supuestamente de hombres, se comprobaba que en realidad eran de animales. Los verdaderos huesos humanos, afirmaba, pertenecían a cadáveres caídos en grietas o que habían quedado atrapados en antiguas galerías de minas o que se hallaban formando incrustaciones.<sup>33</sup>

Cuvier matizaba su rechazo a aceptar la existencia de huesos humanos fósiles, restringiendo este hecho a los datos de que se disponían en su tiempo. Pensaba que todo inducía a creer que el género humano no había existido en los países en donde se encontraban huesos fósiles pertenecientes a las épocas en que tuvieron lugar las catástrofes geológicas que habían provocado su enterramiento. En su opinión, no tenía sentido suponer que todos los hombres se hubiesen salvado de los grandes cataclismos geológicos del pasado, y que por eso no se hallasen sus restos fósiles y en sí cambio los de otras especies. Pero con esto, advertía, no quería concluir que era totalmente imposible que el hombre hubiese podido existir antes de la época actual. Admitía que grupos humanos podían haber habitado algunas regiones poco extensas y desde allí repoblar posteriormente la Tierra, tras las espantosas catástrofes geológicas. Otra posibilidad que Cuvier contemplaba era que lugares habitados por los hombres hubieran sido completamente sumergidos por inundaciones cataclísmicas y los huesos se encontrasen sepultados en el fondo de los mares actuales, sobreviviendo sólo un pequeño número de individuos que habían sido los que habían perpetuado la especie. Pero dejaba en claro que, al margen de cómo se hubiera asentado el hombre en los países en donde se hallaban fósiles de animales terrestres, es decir, en la mayor parte de los continentes europeo, asiático y americano, el género humano tenía que haberse establecido necesariamente después de las catástrofes geológicas que habían sepultado los animales extinguidos<sup>34</sup>.

---

<sup>31</sup> CUVIER. [1985], página 121.

<sup>32</sup> CUVIER. [1985], página 122.

<sup>33</sup> CUVIER. [1985], página 123-124.

<sup>34</sup> CUVIER. [1985], página 126.

Cuvier, tras mostrar su extrañeza por la ausencia de restos fósiles de monos, insistía en que tampoco los había de hombres. Todos los huesos humanos fósiles que se habían recogidos habían sido hallados de forma accidental. Eran muy pocos los huesos fósiles atribuidos a hombres y este número de ejemplares no sería tan escaso de haber habitado los hombres las mismas regiones en que vivían los animales cuyos restos fósiles proliferaban. ¿Dónde se hallaban entonces, preguntaba Cuvier, los fósiles del género humano? ¿Había restos fósiles de la más perfecta obra de la Creación en algún lugar? ¿Se encontraban asociados a restos de la fauna actual, de la que no se había encontrado ejemplares fósiles hasta la fecha? El estudio de los depósitos fosilíferos, aseguraba Cuvier, no aportaba ninguna prueba de fósiles humanos y él no estaba dispuesto a recurrir a otro tipo de fuentes para forzar lo que para él era una evidencia científica<sup>35</sup>.

Algunos de los discípulos de Cuvier mantuvieron sus tesis sobre la limitada antigüedad del hombre durante muchos años después de la muerte de su maestro. Así, en fecha tan tardía como 1863 Elie de Beaumont, a pesar de las evidencias en contra y de la opinión consensuada de la comunidad científica sobre la gran antigüedad de la humanidad, sostendría que el hombre no había sido contemporáneo del *Elephas primigenius*. Decía compartir en esta cuestión la opinión de Cuvier y proclamaba: «L'opinion de Cuvier est une création de génie; elle n'est pas détruite»<sup>36</sup>.

#### *La controversia sobre el hombre fósil y la determinación racial*

Coincidiendo con Cuvier el clérigo inglés William Buckland consideró que el diluvio universal había tenido un importante papel en la historia geológica de la Tierra. Buckland realizó en 1823 el descubrimiento de un esqueleto humano en una caverna de Paviland, en Gales, asociado a útiles de pedernal y instrumentos de huesos y marfil. A pesar de la evidente antigüedad de los huesos, manifestó que debía ser moderno, muy posterior al diluvio universal, de tiempos en que los romanos habían ocupado las islas británicas. El esqueleto estaba coloreado con ocre rojo y Buckland, atribuyéndolo a una mujer, pensó que debía ser una bruja o una prostituta que acompañaba a los ejércitos. Por su coloración fue conocido como la «Red Lady» de Paviland, aunque con posterioridad se comprobó que los restos habían pertenecido a un joven.

Pero en los últimos años de su vida Cuvier tuvo que enfrentarse a nuevos datos que cuestionaban su idea de la relativa modernidad del género humano y, en consecuencia, sobre la imposibilidad de la existencia del hombre fósil.

Contemporáneo al hallazgo de Buckland, en 1823, Ami Boué descubrió excavando en el loess, de la cuenca del Rin en Lahr, cerca de Estrasburgo, huesos de hombre asociados a conchas de moluscos fluviátiles y terrestres. Seis años después volvió Boué a excavar en la zona y atribuyó una gran antigüedad a los huesos, tanto por su posición geológica en la base del depósito de loess, como por hallarse restos de mamíferos extinguidos en el mismo nivel estratigráfico. Cuvier corroboró la identificación de estos huesos como perteneciente al género humano, pero atribuyó su procedencia a algún enterramiento reciente.

Al comunicar en 1829 Boué a la Académie des Sciences de Paris su descubrimiento, comentó también que el conde Razoumovski había encontrado cerca de Baden, en Austria, cráneos humanos asociados a una fauna extinta tropical. Boué envió a la Academia un dibujo de uno de los cráneos, junto con el de la cabeza de uno de los

---

<sup>35</sup> CUVIER. [1985], página 272.

<sup>36</sup> Véase LAURENT, G. 1989. " Idées sur l'origine de l'homme en France de 1800 à 1871 entre Lamarck et Darwin" . *Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*. T. 1 (3-4) : 105-130.

habitantes actuales del país. Indicaba que en otros lugares de Alemania, como en el valle del Danubio, también se habían encontrado este tipos de cráneos que tenían formas extrañas hallados en lo que debían ser sepulturas muy antiguas, por lo que se enmarcaban en un hecho histórico que era importante aclarar. La forma de estos cráneos era extraña, ya que presentaba un aplastamiento de la frente parecido al que se provocaban los salvajes que habían adoptado la costumbre de comprimir esta parte de la cara. Los cráneos parecían haber pertenecido a un pueblo antiguo que había vivido en Alemania en una época sobre la que no había datos históricos<sup>37</sup>.

Esta información de Boué circularía entre los medios científicos, especialmente en la Société Géologique de France. Así, en las obras de miembros de esta sociedad, como Marcel de Serres y J. B. Delmas, se recogería que cráneos fósiles excavados en Baden, Austria, ofrecían analogías con los de razas africanas o negras, mientras que los hallados en las riveras del Rhin y el Danubio presentaban grandes semejanzas con los correspondientes de pueblos caribes y con los de los primitivos habitantes de Chile y Perú. De aquí que Boué, en su discurso sobre los progresos de la geología en la Sociedad geológica, se planteara si en el pasado, durante el período postdiluvial, cuando Europa disfrutaba de un clima tropical, sus habitantes debían haber pertenecido a razas parecidas a las que en la actualidad vivían en los trópicos, como negros, etíopes y caribes<sup>38</sup>.

Más controvertidos fueron los hallazgos en cavernas de Bize y Gard de restos humanos realizados a finales de la década de los años veinte por Paul Tournal y Jules Christol. Cuvier intentó cortar de raíz la polémica, argumentando que los huesos no podían considerarse como fósiles, ya que se habían encontrado en cavernas, lugares donde la acción de las aguas complicaba la posibilidad de establecer una estratigrafía rigurosa. Pero esto no fue obstáculo para que, en especial los trabajos de Tournal, incidieran en la necesidad de plantearse la limitada antigüedad de la aparición del hombre sobre la Tierra que se desprendía del esquema geológico catastrofista de Cuvier.

Según Tournal, la coexistencia del hombre con las especies extinguidas en las cavernas de Bize y Gard, podía inducir a considerar que por fin se habían descubierto verdaderos fósiles humanos. Pero antes era imprescindible llegar a un consenso sobre el significado del término fósil, que hasta ese momento se aplicaba a conceptos vagos e incluso contradictorios. Usualmente se consideraba que un fósil, tal como mantenía Cuvier, era un resto orgánico conservado en los sedimentos regulares del globo terráqueo. Pero esta definición debía ser actualizada según Tournal, ya que las capas regularmente estratificadas se confundían con los depósitos sedimentarios más modernos. De manera que era imposible de determinar tanto donde terminaban unas y empezaban otros, como distinguir los terrenos diluviales de los terrenos modernos de aluvión, ya que éstos últimos al estar compuestos por los mismos materiales, proceder de las mismas localidades y ser productos de las mismas causas, se confundían con los diluviales.

Tournal insistía en que los huesos humanos hallados en las cavernas del Gard mostraban atributos que permitían poder considerarlos fósiles o antediluvianos: la alteración química, la posición geognóstica, la coexistencia con especies pertenecientes

---

<sup>37</sup> “Revue bibliographique pour servir de complément aux Annales des Sciences Naturelles”. *Annales des Sciences Naturelles*, t. XVIII, 1829 : 150-151. « Ossements humains présumés fossiles ».

<sup>38</sup> BOUÉ, A. (1831-32). “Résumé des progrès de la géologie”. *Bulletin de la Société Géologique de France*, 2 : 133-218. Sobre la atribución de cráneos fósiles europeos a supuestas «razas» menos desarrolladas, véase: BLANCKAERT, C. 2000. “Avant Adam. Les représentations analogiques de l’homme fossile dans la première moitié du XIXème siècle “. In : *L’Homme Préhistorique. Images et imaginaire*. A. et J. Ducros (dirs.). L’Harmattan. Paris: 23-761.

a animales extinguidos y característicos del período antediluviano. Terminaba Tournal su trabajo mostrando su convencimiento de que la geología comenzaba donde terminaba la arqueología y cuando ésta agotada sus investigaciones se encontraba el velo misterioso e impenetrable que cubría el origen de los pueblos, entonces la geología, proporcionando un suplemento a los cortos Anales históricos, demostraría la antigüedad de la raza humana. Afirmaba Tournal que sólo la geología sería capaz de dar información sobre la época de la primera aparición del hombre sobre la Tierra<sup>39</sup>.

Tournal propuso en 1833 una cronología que permitía replantearse la antigüedad del género humano en la Tierra e intentaba resolver la cuestión de la existencia del hombre fósil. Sugirió considerar un período geológico antiguo, que abarcaba el inmenso espacio de tiempo que había precedido la aparición del hombre en la Tierra, y un período geológico moderno o «antropopagano» caracterizado por la presencia del hombre. A su vez este período podía dividirse en dos períodos ante-histórico e histórico. El primero comenzaría con la aparición del hombre en la superficie del globo terrestre y se extendería hasta el comienzo de las tradiciones más antiguas. El período histórico podría remontarse poco más allá de los siete mil años en el pasado<sup>40</sup>.

Aceptando esta división cronológica, Tournal pensaba que los restos humanos que se encontraban en cavernas y en brechas de huesos evidenciaban que el continente europeo había sido sucesivamente habitado por diferentes razas de hombres. Encontraba ejemplos que mostraban como las formas de los cráneos hallados en distintos yacimientos centroeuropeos, se asemejaban a las de integrantes de pueblos del África negra, de las islas de Caribe o a las de los antiguos indígenas del Perú y Chile<sup>41</sup>.

Pocos años después de que Tournal y Christol efectuaran sus investigaciones en las cavernas del sur de Francia, el médico belga Philippe-Charles Schmerling emprendió exploraciones semejantes en las grutas del valle de la Meuse, cerca de Lieja. Resultado de sus estudios espeleológicos y paleontológicos, que culminaron con el hallazgo de huesos humanos fósiles asociados a restos de una fauna de osos, hienas, rinocerontes, etc., fue la obra *Recherches sur les ossements fossiles découverts dans les cavernes de la province de Liège* (Liège, 1833-34).

Schmerling al estudiar los restos humanos fósiles de las cavernas de Engis destacó que en algunos de ellos podía apreciarse la presencia de rasgos primitivos. En este sentido comentaba que la forma alargada y estrecha de la frente de uno de los cráneos fósiles, hacía que éste fuera más parecido al de un tipo etiópico que al de un europeo. Así que, en relación con el origen del individuo al que había pertenecido este cráneo, su hipótesis era que la persona en cuestión había tenido la capacidad intelectual poco desarrollada, por lo que su grado de civilización debía haber sido muy limitado.

Pocos después, en 1838, Pierre Boitard, recogiendo la información sobre hallazgos de fósiles humanos que circulaba entre la comunidad científica, difundió la que puede considerarse primera representación de un hombre fósil<sup>42</sup>. El grabado fue reproducido dos años después en una revista española, el *Semanario Pintoresco Español*, junto con la traducción de un extracto del texto de Boitard, que éste expuso en parte en forma dialogada. Así, el sabio que está explicando paleontología a sus oyentes, al llegar a la segunda época del sexto período, enseña en un dibujo el hombre fósil.

---

<sup>39</sup> JOURNAL. 1829, “Considérations théoriques sur les cavernes à ossements de Bize... “. *Annales des Sciences Naturelles*, XVIII : 242-244.

<sup>40</sup> JOURNAL. 1833, “Considérations générales sur le phénomène des cavernes à ossements”, *Annales de Chimie et de Physique*, 161-181. .

<sup>41</sup> JOURNAL. 1833: 178.

<sup>42</sup> BOITARD, P. 1838. “L’homme fossile. Étude paléontologique”. *Magasin Universel*, V: 209-240.

Ante la sorpresa y extrañeza mostrada por su auditorio al ser tan parecido a un mono, el paleontólogo contestaba que esa era la forma que tenía. Explicaba que indígenas de algunos pueblos de África, Oceanía y Sudamérica tenían características morfológicas parecidas. Así, el hocico tan pronunciado lo había calcado a partir de un cráneo fósil hallado en Baden, cerca de Viena, aparte de que los negros de Etiopía presentaban un semblante parecido. Las piernas tan delgadas, sin muslos y sin pantorillas y los pies tan aplastados y de tamaño tan grande, eran comunes entre habitantes de las islas de Oceanía. La separación del dedo del pie a la manera de los pulgares de la mano podía encontrarse entre pueblos salvajes y en poblaciones de los alrededores de Cayena, en la Guayana francesa.

El sabio comentaba que le había dibujado con un hacha de piedra en la mano porque en distintas cavernas se habían encontrado industria lítica y ósea, junto a restos de cerámica, asociadas a restos fósiles humanos y de animales. Añadía que se habían encontrado hombres fósiles en las cavernas francesas de Bize, Pondres, Souvignargues, Dufort, Nabrigas y en varias de la provincia de Lieja, en la isla de Guadalupe, etc. Podía notarse, decía, que los huesos humanos encontrados en estos sitios pertenecían a unas razas diferentes de las que vivían entonces en Europa, ya que algunos de los cráneos de los hombres fósiles, como los hallados en Baden, eran análogos a los de negros y etiopios, aunque con el hocico más pronunciado. Otros cráneos, como los desenterrados en el Rin y en el Danubio, parecían menos antiguos y se asemejaban mucho a los de indígenas del Caribe y de antiguos habitantes del Perú y Chile.

Terminaba el sabio paleontólogo afirmando que la Academia de Ciencias de París aún no aceptaba el hombre fósil porque la opinión del difunto Cuvier aún pesaba mucho<sup>43</sup>.

## **El hombre antediluviano**

La muerte de Cuvier a comienzos de la década de los años treinta puso fin a una etapa durante la cual había sido prácticamente inviable demostrar la existencia del hombre fósil. La autoridad científica y el gran prestigio del paleontólogo francés constituyeron el obstáculo más importante para los naturalistas que intentaron presentar pruebas de que había existido el hombre antediluviano. La negativa de Cuvier a aceptar el hombre fósil estuvo apoyada en parte en el descrédito en que había caído desde el siglo XVIII los supuestos hallazgos de restos fósiles humanos, en algunos casos atribuidos a antiguos gigantes. Junto a la ausencia de conocimientos osteológicos y la debilidad en disciplinas como la anatomía comparada y la paleontología, Cuvier utilizó como argumento para rechazar como fósiles los ejemplares hallados en cavernas, las dificultades para establecer una rigurosa estratigrafía en este tipo de yacimientos. La acción impetuosa de las aguas y las inundaciones podían haber ocasionado en su interior alteraciones y recomposiciones de los terrenos y habrían podido mezclarse huesos humanos modernos con restos fósiles de fauna extinguida pertenecientes a épocas geológicas más antiguas<sup>44</sup>.

A partir de los años treinta y cuarenta del siglo XIX se fue extendiendo lentamente la posibilidad de la existencia del hombre fósil. Así, Jacques Boucher de Perthes reunía en esos años los materiales que utilizaría para la publicación de los tres

---

<sup>43</sup> Ciencias Naturales. "El hombre fósil". *Semanario Pintoresco Español*. Segunda serie. Tomo II. 1840: 17-19.

<sup>44</sup> Cf. PAUTRAT, J.-Y. 1989. "Préface Archéo-géologie et métaphysique". In: BOUCHER DE PERTHES, J. *Antiquités celtiques et antédiluviennes*. Editions Jean-Michel Place. Paris, I: IX.

volúmenes de su obra *Antiquités celtiques et antédiluviennes* (Paris, Treuttel et Würtz, 1847-1864).

En esta obra Boucher de Perthes defendió la existencia del hombre antediluviano, planteando la existencia de dos creaciones independientes y admitiendo dos tipos humanos: el tipo antediluviano, aniquilado en su totalidad por un cataclismo diluvial y que había sido contemporáneo de la fauna extinguida, y el tipo Adán, que había sido testigo del último gran diluvio y al que pertenecía la humanidad actual con sus diferencias raciales. En cuanto a la inmensa antigüedad de la humanidad sobre la Tierra, Boucher de Perthes dejó reflejada su opinión sobre el tema en la frase final del segundo volumen de sus *Antiquités...*: «Dieu est éternel, mais l'homme est bien vieux»<sup>45</sup>.

### *La polémica sobre el hombre de Neanderthal.*

En 1856, mientras Boucher de Perthes pugnaba por que se le reconociesen sus tesis sobre la realidad de la industria lítica antediluviana y la consiguiente gran antigüedad del hombre, tuvo lugar uno de los episodios claves en los orígenes de la paleontología humana: el hallazgo de restos humanos en una cueva caliza en el valle Neander. La calota craneana y demás huesos se encontraron sin fauna fósil o actual asociada y, al tratarse de una caverna era difícil determinar la posición estratigráfica. En primera instancia el naturalista Johann-Carl Fuhlrott, profesor del liceo de Elberfeld, se hizo cargo de los restos óseos. Fuhlrott recurrió al dictamen del anatomista Hermann Schaaffhausen, quien al presentar los ejemplares a la comunidad científica, expresó que eran huesos humanos antiguos, pertenecientes a alguno de los primitivos y salvajes habitantes de Europa. La opinión de Schaaffhausen inició la controversia ya que hubo científicos que pensaban que los restos no eran humanos. Para algunos, como sugirió George Busk, la forma del cráneo encontrado en Neandertal era muy parecida a la de los gorilas y chimpancés.

La discusión científica terminó planteándose en el marco del debate darwinista, ya que la polémica giró en torno a si los restos pertenecían a un individuo de un estado primitivo de la evolución humana, posición defendida por los evolucionistas, o eran los de un hombre moderno con alguna deformidad patológica. En este último sentido, se defendió que el cráneo parecía pertenecer a un individuo aquejado de idiotez y raquitismo.

Así, el anatomista Mayer, tras examinar los restos óseos de Neandertal expuso que para él correspondían a una criatura degenerada que probablemente se había visto aquejada de raquitismo, enfermedad común entre los que vivían en sitios húmedos y tenían una alimentación deficiente. Además, basándose en lo que para él eran evidencias históricas, comentó que la deformidad de las piernas era usual entre los que montaban a caballo, por lo que sugirió que los restos podían haber pertenecido a algún soldado del ejército polaco, que había acampado en esos lugares en 1814, y que tras desertar se había ocultado enfermo en la cueva, donde murió.

En cualquier caso, incluso para algunos evolucionistas como William King, la morfología craneal parecía indicar que el individuo no debía haber sido una criatura inteligente. Por eso King sugirió excluir de la especie humana al «hombre de Neandertal», proponiendo que se le denominase *Homo neanderthalensis*.

---

<sup>45</sup> BOUCHER DE PERTHES, J. 1857. *Antiquités celtiques et antédiluviennes*. Trettel & Wurtz, Paris, II: 355.

Una nueva evidencia vino en apoyo de los darwinistas. Un cráneo olvidado, que había sido encontrado en 1848 en Gibraltar, fue examinado por Busk. Este reconoció la importancia del ejemplar, ya que demostraba que el de Neandertal no era un caso singular, sino que una antigua raza parecía haberse extendido desde el Rhin hasta el sur de la Península Ibérica.

A pesar de este dato el debate continuó. Así, el relevante patólogo Rudolph Virchow concluyó que los huesos del hombre de Neandertal habían pertenecido a un anciano de una sociedad agrícola reciente, que había padecido raquitismo y artritis<sup>46</sup>.

Hubo que esperar a que el descubrimiento de esqueletos neanderthales completos en Spy (Bélgica) en 1886, proporcionaran nuevas y más contundentes evidencias para certificar la realidad del tipo fósil de Neandertal.

### **La consolidación de la emergente paleontología humana**

La gran antigüedad del hombre sobre la Tierra se reconoció a finales de la década de los años cincuenta del siglo XIX. Fue resultado del consenso entre geólogos y paleontólogos de Francia y Gran Bretaña, quienes se basaron en las evidencias aportadas en las excavaciones paleontológicas realizadas en el valle del Somme por Boucher de Perthes y en Brixham (Devon), supervisadas por Hugh Falconer<sup>47</sup>.

Sin embargo, a los pocos años se rompió el acuerdo entre franceses y británicos. El motivo fue la discrepancia sobre la determinación de la antigüedad geológica de una mandíbula humana hallada en Moulin-Quignon.

Boucher de Perthes tenía especial interés en encontrar restos humanos asociados a los sílex tallados, para poder así confirmar su tesis sobre la existencia del hombre antediluviano. Su empeño, tras estimular económicamente a los obreros que trabajaban en los yacimientos, pareció verse recompensado con el hallazgo de una mandíbula humana en una posición estratigráfica que indicaba una gran antigüedad geológica.

Descubierto el ejemplar en la primavera de 1863 fue comunicado el hallazgo a la Academia de Ciencias de París. Se constituyó una comisión franco-británica para autentificar tanto la identificación como humana de la mandíbula como su antigüedad geológica. Tras las primeras impresiones favorables, pronto surgieron las divergencias entre británicos y franceses. Algunos arqueólogos británicos, como Joseph Prestwich y John Evans, afirmaron que se trataba de un fraude preparado por los obreros, ya que comprobaron que los rasgos de la mandíbula eran netamente modernos. Posiblemente el ejemplar procedía del cadáver de un cementerio cercano. Los científicos franceses por su parte, apoyaron en bloque la autenticidad paleontológica del hallazgo.

La polémica desbordó el ámbito científico. Mientras los espiritistas franceses invocaban al hombre fósil, una campaña de prensa británica insistió en el fraude, que culminó con un artículo de Evans en el *Athenaeum* donde se certificaba el R.I.P. de la supuesta mandíbula humana fósil de Moulin-Quignon.

En Francia, aunque apareció un artículo satírico de la revista *L'Ane, journal des ebats*, la comunidad científica reconoció a Boucher de Perthes como gloria nacional, siendo el silencio la respuesta al affaire de Moulin-Quignon.

*El debate 'Hombre terciario' o precursor humano.*

---

<sup>46</sup> READER, J. 1982. *Eslabones perdidos. En busca del hombre primigenio*. Fondo Educativo Interamericano, México: 10-19.

<sup>47</sup> Glyn Daniel (1950) *A Hundred an fifty years of Archaeology*, London, Duckworth (Edición española, *Un siglo y medio de Arqueología*, FCE , 1987);

La polémica sobre la mandíbula humana de Moulin-Quignon no afectó al consenso alcanzado sobre la antigüedad del hombre. Esto explica que a comienzos de la década de los años sesenta, no sólo se determinó la existencia del hombre antediluviano en Europa, sino que incluso algunos paleontólogos remontaron la antigüedad de la humanidad al período terciario. La posibilidad de que hubiese vivido en dicho período geológico ya fuese el hombre o un precursor humano, fue objeto de un amplio debate desarrollado en instituciones científicas, en revistas especializadas y en congresos científicos internacionales.

Los primeros trabajos sobre la aparente presencia del hombre en terrenos terciarios fueron presentados en la *Académie Royale des Sciences de Paris* por Jules Desnoyers (1863), Félix Garrigou y Henri Filhol (1868) y por Louis Bourgeois (1867). Estos autores expusieron indicios de que en excavaciones paleontológicas de yacimientos terciarios, se habían encontrado huesos fósiles de animales con incisiones junto a sílex tallados. Estas evidencias parecían indicar la presencia humana durante el terciario.

La gran repercusión en la comunidad científica que tuvieron los trabajos del abate Louis Bourgeois reivindicando la existencia del 'hombre terciario', fue el inicio de una controversia científica que se prolongó hasta las primeras décadas del siglo XX.

En 1867, Bourgeois expuso sus trabajos sobre el 'hombre terciario'. Aparte de la comunicación presentada en la *Académie Royale des Sciences*, en apoyo de la memoria de Desnoyers, Bourgeois presentó en el *II Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques (CIAAP)*, celebrado en París en 1867, útiles humanos muy rudimentarios descubiertos en un terreno geológico netamente terciario en la comuna de Thenay.

Entre los autores que aceptaron las pruebas sobre la gran antigüedad del hombre en la Tierra presentadas por Bourgeois, se encontraron naturalistas partidarios del transformismo como el citado Mortillet. Republicano radical y laico, fue uno de los grandes promotores del proceso de institucionalización y difusión de la arqueología prehistórica y la antropología durante el siglo XIX. Mortillet fundó en 1864 la revista *Matériaux pour l'histoire positive et philosophique de l'homme*, en cuyas páginas divulgó y discutió las principales novedades científicas en Prehistoria y Antropología.

En los congresos internacionales de Antropología y Arqueología Prehistórica celebrados en Bolonia (1871), Bruselas (1872), Budapest (1876), Lisboa (1880) y París (1889), se propuso el de la antigüedad del género humano. Asimismo, se abordaron problemas como la datación geológica y paleontológica de los terrenos donde se encontraba la industria lítica terciaria y si los sílex habían sido o no modelados por el hombre.

El problema de la existencia del hombre en el terciario se intentó resolver en 1884 en la reunión de Blois de la *Association française pour l'avancement des sciences (AFAS)*. Tras muchos debates sobre si los sílex eran de origen natural o productos de la actividad de un ser inteligente, no se llegó a un consenso. De esta forma quedó abierta la cuestión del 'hombre terciario', a la espera de nuevos datos que confirmaran o rebatieran las tesis de Bourgeois.

### *El hallazgo del hombre de Cro-Magnon.*

En 1868 se descubrieron restos fósiles humanos, datados como pertenecientes al cuaternario, junto con huesos de animales e industria lítica en la gruta de Cro-Magnon, en Eyzies (Dordogne). Este importante hallazgo fue realizado por unos obreros que trabajaban en la línea del ferrocarril en el valle de la Vezère. Tras ser comunicado el

descubrimiento a Paris, el Ministerio d'Instruction Publique designó a Louis Lartet para que verificara la autenticidad del yacimiento.

Lartet presentó su estudio el 21 de mayo de 1868 en la *Société d'Anthropologie de Paris*, realizando una experta y sólida descripción tanto del paisaje geológico como del entorno arqueológico del yacimiento.

Los restos óseos que pertenecían a cinco individuos, de diferentes edades y sexos, se encontraban al fondo de la cueva, en un lugar de difícil acceso excepto a través de un espacio muy estrecho. La distribución contemplaba al fondo el cráneo de un anciano y alrededor los esqueletos de otros cuatro, uno perteneciente a una mujer, con una herida profunda en la frente, y a su lado el de un niño en avanzada fase de desarrollo fetal. En medio de los restos humanos había multitud de conchas marinas agujereadas, pensadas para servir de adorno en collares y brazaletes, además de un amuleto hecho de marfil de elefante, cornamentas de ciervos, raspadores de sílex y restos de animales.

Según Lartet, que dató la antigüedad del yacimiento como inmediatamente anterior a la época en que se había iniciado el arte prehistórico, la presencia en todos los niveles estratigráficos de los mismos raspadores de sílex firmemente retocados, indicaba el vestigio de sucesivas ocupaciones del refugio de Cro-Magnon. Así que la gruta había servido en un principio a los cazadores de reno como un lugar para repartirse los despojos procedentes de la caza realizada en los alrededores. Más adelante debió ser utilizado como habitación permanente, hasta que la acumulación de restos de comida limitara considerablemente el espacio y la altura de la gruta, viéndose obligado sus moradores a abandonarla. Hubo una última visita a la cueva para dar allí reposo a sus muertos.

Más complicado le parecía a Lartet explicar de donde procedían el grupo humano que había ocupado la gruta. Él, como geólogo, decía que debía limitarse a constatar los hechos que entraban en el terreno de su campo científico. Tenían que ser los antropólogos quienes debían resolver el problema de las características de esta raza. Pero se podía adelantar que las conchas asociadas a la sepultura de Cro-Magnon en Eyzies no procedían del mar Mediterráneo, sino que eran muy comunes en el océano Atlántico. Junto con otros datos, como la presencia de rocas basálticas posiblemente de la Dordogne, podía pensarse que al encontrar condiciones favorables en régimen de vida troglodita, los cazadores de reno habrían llegado al valle de la Vezère, procedentes de las costas oceánicas y tras remontar la Dordogne<sup>48</sup>.

### *Los antepasados del hombre.*

Las más importantes implicaciones de la teoría de la evolución de Darwin afectaban a los orígenes del hombre. Consciente de ello, redactó una obra, *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex* («La descendencia del hombre y la selección en relación al sexo»), publicada en 1871, en la que discutió sobre aspectos de sus tesis evolucionistas aplicados al hombre.

El objeto de esta obra, en palabras de Darwin, era considerar, en primer lugar, si el hombre, como cualquier otra especie, desciende de alguna forma preexistente; en segundo lugar, el modo en que se desarrolla; y, por último, valorar las diferencias existentes entre las llamadas razas humanas.

Desde los primeros capítulos, los principios de la evolución se aplicaban a la especie humana. Darwin, que defiende en esta obra que el hombre compartía con los

---

<sup>48</sup> LARTET, L. 1868. "Une sépulture de troglodytes du Périgord (crânes de Eyzies) ". *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, III : 335-349.

mamíferos, y en particular con los primates, un conjunto de atributos físicos y estructurales, aporta en ella estudios de anatomía comparada, fisiología y embriología como pruebas de los orígenes naturales del hombre. Establece una larga lista de semejanzas entre la constitución anatómica y fisiológica del hombre y la de otros miembros del grupo de los vertebrados: identidad de conformación del esqueleto, de los músculos, de los nervios, de los vasos, de las vísceras, e incluso, cuando se trata de primates superiores, del encéfalo; identidad en la capacidad de transmisión recíproca de ciertas enfermedades, principalmente entre primates y el hombre; analogía entre procesos, como los comportamientos reproductores, entre las diferencias que separan las generaciones y los sexos, etc.

En el capítulo sobre afinidades y genealogía del hombre, Darwin discutió sobre el lugar de aparición del hombre y su antigüedad sobre la Tierra. Para él, los antepasados del hombre habían divergido del tronco de los monos catarrinos, con toda probabilidad durante el eoceno, por lo que su origen debía buscarse no en Australia o en alguna isla cercana, sino en el Viejo Mundo, y más concretamente en el continente africano. Allí posiblemente habrían vivido junto con los monos extinguidos antecesores de gorilas y chimpancés, los géneros que en la actualidad más se aproximaban al humano. En cuanto a la laguna existente en la cadena orgánica entre el hombre y los monos antropomorfos, en su opinión sería aún mayor en el futuro, ya que en lugar de establecerse, como en el presente, entre el negro o el australiano y el gorila, comprendería un vacío entre una raza humana con alto nivel de civilización y alguna forma de mono inferior como los babuinos.

Tras la publicación de esta obra de Darwin, los evolucionistas dispusieron de un marco en donde explicar la historia geológica y paleontológica del grupo humano. Por de pronto, y tal como Darwin había sugerido, los antepasados del hombre debían haber vivido en el terciario. Así, Mortillet, que en un principio defensor del 'hombre terciario', modificó su posición y sostuvo, manteniendo su punto de vista transformista, que los restos de la industria lítica hallada en terrenos terciarios pertenecía no al hombre, sino a un ser precursor<sup>49</sup>.

Mortillet mantuvo que las leyes de la paleontología eran opuestas a la posibilidad de que los sílex terciarios hubieran sido tallados por el hombre. Estas leyes se resumían en: 1) los animales variaban de un depósito a otro y la fauna se renovaba en los diversos terrenos geológicos; 2) las variaciones eran más rápidas conforme la organización de los animales fuera más compleja. En otros términos, la existencia de una especie era menor a medida que esta especie ocupaba un nivel más elevado en la escala de los seres; 3) las variaciones no eran bruscas, sino parciales y sucesivas, de forma que la diferenciación entre las faunas aumentaba en función de la distancia temporal de los depósitos que las contenían; 4) todas las variaciones se enmarcaban en un plan general, de manera que todos los animales encontraban su espacio natural en series continuas y regulares, aunque divergentes, como si hubiera filiación entre ellos.

Pues bien, la fauna de mamíferos terciarios donde se habían recogido sílex tallados, había cambiado desde su aparición a la actualidad, al menos tres veces por completo. Además, las variaciones con relación a la fauna actual de mamíferos eran tan grandes que los zoólogos no los caracterizaban como especies distintas, sino como géneros diferentes. Así que, según Mortillet, el hombre, que era el animal de mayor complejidad orgánica, no podía ser el único que se hubiera quedado sin modificar. Esto sería contrario a las leyes paleontológicas y no había motivos para reclamar una excepción que afectara sólo al hombre. Además, decía, el hombre que había vivido a comienzos del cuaternario no era el

---

<sup>49</sup> Richard, N. 1991. "L'Anthropopithèque de Gabriel de Mortillet, le débat sur l'ancêtre de l'homme au XIX<sup>e</sup> siècle". *Les Nouvelles de l'Archéologie*, 44 : 23-39.

mismo que el actual, como lo probaban los cráneos fósiles de Neandertal, Eguisheim, Denise, Brûx y la mandíbula de Naulette.

Mortillet afirmaba que había que admitir que los sílex descubiertos en capas miocenas inferiores, implicaban la existencia de un ser inteligente, que había precedido al hombre y que había que considerársele como su precursor o su ancestro. Y no era una simple hipótesis, insistía, sino una deducción lógica extraída de la observación directa de los hechos.

En su reseña sobre la Exposición de ciencias antropológicas celebrada en París en 1878, Mortillet expuso que el hombre que había vivido en los primeros tiempos del Cuaternario, cuyos restos fósiles se habían hallado en Neandertal, Cannstatt, Eguisheim, Naulette y Denise, era de una especie diferente de la del hombre actual. Por esto consideraba que el precursor terciario no podía ser una especie más separada, sino que había que establecer con él un género nuevo. Mortillet propuso el nombre de *Anthropopythèque*, *Anthropopythecus*, para el precursor terciario del hombre.

Para Mortillet, la teoría transformista era la única verdadera, la única que podía aceptarse y que explicaba la modificación de los organismos lograda en las prácticas de horticultura y zootecnia. En este sentido, el hombre, que encabezaba la escala orgánica, debía proceder de un animal de elevado nivel de complejidad. Pero como ninguno de los antropoides actuales podía ser nuestro ancestro, éste tenía que pertenecer a una especie, o mejor a un género, de mono extinguido. Los datos prehistóricos demostraban en su opinión que en el terciario habían existido seres lo bastante inteligentes para encender el fuego y tallar el sílex, que no eran los monos del género *Dryopithecus* como sugería Albert Gaudry. Pero tampoco habían sido hombres, o por lo menos habían pertenecido a una especie distinta de la de los hombres actuales, como demostraban las leyes de la paleontología. Debía ser un ser más inteligente que los monos actuales, un ser intermedio entre el hombre y los monos antropoides actuales, más avanzado que estos últimos pero sin haber alcanzado el desarrollo intelectual del hombre.

En 1883 Mortillet publicó la obra *Le Préhistorique Antiquité de l'Homme*, en la que sintetizó sus ideas sobre las industrias líticas y la existencia del hombre en el terciario y el cuaternario. Mortillet propuso en esta obra la denominación de eolítico para referirse al período en el que incluía la industria lítica del terciario. Llevó a cabo un repaso crítico de todos los yacimientos considerados terciarios donde habían aparecido huesos de animales con incisiones, restos humanos, rastros de fuego y de sílex tallados. De su estudio Mortillet concluía que sólo podían considerarse como terciarios los descubrimientos de industria lítica realizados por Bourgeois en Thenay, por Carlos Ribeiro en Portugal y por Jean-Baptiste Rames en Puy-Courny (Cantal). A partir de aquí establecía tres especies pertenecientes al género *Anthropopithecus*: el *Bourgeoisii*, el *Ramesii* y el *Riberoi*.

El nombre de *Anthropopithecus*, hombre-mono, era para Mortillet el más apropiado para el precursor, pero al no tener la prioridad en su utilización, ya que se había aplicado anteriormente al orangután, se vio obligado a cambiarlo por el de *Homosimius*.

### *Las razas humanas fósiles.*

Una de las tradiciones que sustentó la emergencia de la paleontología humana se originó a partir de la etnogenia europea o genealogía de los pueblos de Europa. El modelo etnogénico más extendido a comienzos del siglo XIX fue promovido desde la filología, que estipuló que los pueblos de lengua indoeuropea o aria tenían su origen en emigraciones procedentes de Asia. Los restantes pueblos no arios, vinculados a una cepa «mongoloide», eran vestigios de una época anterior a la migración aria. Esta interpretación etnogénica fue confirmada por el anatomista sueco Anders Retzius, quien

sostuvo que los pueblos no arios tenían cráneos de conformación braquicéfala mientras que los arios o celtas eran dolicocefalos<sup>50</sup>.

Para la emergente paleontología humana, este modelo etnogénico implicó que los cráneos humanos fósiles braquicéfalos eran más antiguos que los dolicocefalos. Sin embargo, a medida que se multiplicaron los hallazgos de restos fósiles humanos, las aproximaciones antropológicas y paleontológicas proporcionaron nuevos datos que expresaron la complejidad del tema. De esta forma el debate sobre la posición cronológica de los cráneos dolicocefalos y braquicéfalos desembocó en una síntesis de consenso, según la cual la concepción etnogénica europea se explicaba por la cohabitación compleja de varios tipos morfológicos en el período Cuaternario. De manera que el poblamiento de Europa en términos étnicos constituyó un marco para interpretar los descubrimientos de restos humanos antiguos y fósiles.

La síntesis fue propuesta por Armand de Quatrefages y E.-T. Hamy y realizada a lo largo de los años setenta, se recogió en la obra *Crania Éthnica* (1882). Tanto en este libro como en los artículos previos, Quatrefages y Hamy incluyeron los cráneos y restos fósiles que en aquellos momentos constituían los materiales científicos en que se basaba la incipiente paleontología humana. Los autores reconocieron tres razas o tipos prehistóricos principales según la morfología craneal.

La más antigua era la raza fósil de Cannstatt. De ella se conservaban 6 ó 7 cráneos muy incompletos, algunos fragmentos de mandíbula y otros de huesos largos. El cráneo tipo era de conformación dolicocefala por la oblicuidad de la frente. Se había expandido por una amplia extensión geográfica. El cráneo prototipo se había hallado en Cannstatt, cerca de Stuttgart. Los otros cráneos eran de Eguisheim (Alsacia), Brux (Bohemia), Neandertal (Renania), Olmo (Italia), Clichy (Paris), Forbes Quarry (Gibraltar) y Denise (Haute-Loire). Además, se incluían en esta raza fósil las mandíbulas de La Naulette y Goyet (Bélgica) y de Arcy-sur-Cure (Yonne) y los restos de Staengenaes (Suecia).

La raza relativamente antigua de Cro-Magnon también se describía como dolicocefala, pero con una morfología facial diferente, además de tener mayor talla que la anterior y con más capacidad craneal. Estaba representada en los museos y colecciones por cerca de veinte cráneos, algunos enteros, por esqueletos casi completos y por un gran número de huesos más o menos aislados. La región sudoeste de Francia parecía haber constituido su campamento base principal y aunque pervivió hasta el Neolítico, no parecía haber tenido una amplia difusión. Se habían hallado restos fósiles de esta raza prehistórica en Francia, en Cro-Magnon, Laugerie-Basse, Bruniquel, Menton, Solutré, Grenelle, La Madeleine, Montréjean; en Italia en Isola de Liri y Cantalupo; en Bélgica, en Engis, Engihoul y en Holanda, en Smeermaas.

La raza fósil más moderna de Furooz, estaba compuesta por tipos braquicéfalos y sub-braquicéfalos o mesaticéfalos. En la caverna de Furooz (Bélgica), se encontraron cráneos y huesos pertenecientes a individuos de baja estatura, con una conformación craneal próxima a la braquicefalia. Otros ejemplares que se incluían eran los tipos braquicéfalos de Grenelle, de La Truchère, cerca de Lyon, Moulin-Quignon y de Nagy-Sap (Hungría).

Quatrefages precisará que estos tipos morfológicos persistirán a lo largo del Cuaternario, mezclándose y siendo absorbidos por sucesivas migraciones que habían tenido lugar durante el Neolítico.

En 1889 Hamy presentó en la décima reunión de los CIAAP, celebrada en París, una revisión crítica de esta clasificación de tipos humanos fósiles, bajo el título de

---

<sup>50</sup> BLANCKAERT, C. 1989. "L'indice céphalique et l'ethnogenie européenne: A Retzius, P. Broca, F. Pruner-Bey". *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, t. 1 : 165-202.

«Nouveaux Matériaux pour servir à l'étude de la Paléontologie Humaine». Justificaba su trabajo sobre los tipos étnicos fósiles, por la necesidad de conocer las relaciones de parentesco y semejanza entre los primeros representantes del género *Homo* en la Tierra y los tipos humano o razas actuales.

Por las fechas en que se celebró el Congreso, Hamy no pudo incluir los recientes hallazgos realizados en Spy (Bélgica), dos esqueletos del tipo neanderthal, y en Chnacelade (Francia), huesos cercanos al tipo cromañón, pero con unos rasgos tan particulares que en un primer momento se pensó pertenecían a una raza emparentada con los esquimales.

Respecto a la raza de Cannstatt, decía que, al igual que había hecho el darwinista Thomas Huxley, había comparado huesos de este tipo humano con cráneos del tipo australiano arcaico, encontrando semejanzas entre ellos.

Incluía en este tipo nuevos materiales paleontológicos, como los cráneos de Grenelle y las mandíbulas de la gruta de Gourdan, cerca de Montréjeau, y de Malarnaud, junto con la revisión del esqueleto que Boué había encontrado en Lahr en 1823.

Dentro del tipo humano Cro-Magnon incluía Hamy los cráneos hallados en la gruta de Placard y en Mas-d'Azil, junto a la revisión de otros pertenecientes a Laugerie-Basse.

En cuanto a la raza de Furfooz, Hamy comentaba que con los nuevos datos paleontológicos y arqueológicos parecía más apropiado considerar como neolíticos a los cráneos de este yacimiento. Pero esto no modificaba la tesis de que pueblos braquicéfalos habían aparecido en Europa al final del cuaternario. Pero aunque se revisara la cronología de Furfooz, la antigüedad de los yacimientos de la Truchère, Nagy-Sap y Grenelle permanecía invariable. Así que este tipo humano continuaba siendo relevante dentro de la aún provisional historia de los pueblos primitivos de Europa occidental<sup>51</sup>.

Esta clasificación de tipos humanos europeos fósiles, que con posterioridad se comprobaría que incluía erróneamente restos pertenecientes a hombres modernos, fue una referencia paleoantropológica importante durante mucho tiempo. Pero a comienzos de los años noventa del siglo XIX, el hallazgo fuera de Europa del *Pithecanthropus erectus*, y su posible significado en la historia de la evolución del hombre, fue el indicio para que paleontólogos y antropólogos se percataran de que la incipiente Paleontología Humana aún estaba en sus comienzos.

## BIBLIOGRAFÍA

ARSUAGA, J. L. *El enigma de la esfinge*. Plaza y Janés, Barcelona, 2001.

BLANCKAERT, C. "Avant Adam. Les représentations analogiques de l'homme fossile dans la première moitié du XIX<sup>e</sup> siècle". In: A. et J. Ducros (dirs.). *L'Homme Préhistorique. Images et imaginaires*. L'Harmattan, Paris, 2000, pp. 23-61.

COHEN, C. & HUBLIN, J.-J. *Boucher de Perthes. Les origines romantiques de la Préhistoire*. Belin, Paris, 1989.

---

<sup>51</sup> HAMY, E.-T. 1889. "Nouveaux Matériaux pour servir à l'étude de la Paléontologie Humaine". *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique. Compte Rendu de la dixième session. Paris, 1889*. Paris, 1891 :405-450.

COHEN, C. “Histoire de la Paléanthropologie”. In: O. Dutour, J.-J. Hublin et B. Vandermeersch (eds.). *Objets et méthodes en Paléanthropologie*. CTHS, Paris, 2005, pp. 21-50.

DELISLE, R. “Les origines de la Paléontologie Humaine : essai de réinterprétation”. *L’Anthropologie*, t. 102, n.1, pp. 3-19, 1998.

GOODMAN, M. R. “Prolegomenon to a History of Paleoanthropology: The Study of Human Origins as a Scientific Enterprise. Part. 1. Antiquity to the Eighteenth Century”. *Evolutionary Anthropology*, 13, pp. 172-180, 2004.

GOODMAN, M. R. “Prolegomenon to a History of Paleoanthropology: The Study of Human Origins as a Scientific Enterprise. Part. 2. Eighteenth to the Twentieth Century”. *Evolutionary Anthropology*, 13, pp. 224-233, 2004.

GRAYSON, D.K. *The establishment of Human Antiquity*, Academic Press, New York, 1983

GROENEN, M. *Pour une histoire de la Préhistoire*. Ed. Jérôme Million, Grenoble, 1994.

HUBLIN, J.-J. (1989). “Hommes fossiles vrais et faux. L’essor de la Paléanthropologie européenne au milieu du XIX<sup>e</sup> siècle”. *Bulletins et Mémoires de la Société d’Anthropologie de Paris*, t. 1, n. 3-4, pp. 153-164.

PELAYO, F. “En busca del hombre antediluviano : los inicios del debate sobre la antigüedad del hombre y la existencia de restos fósiles humanos”. *Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, III, 2<sup>a</sup> época, pp. 117-170, 2004.

READER, J. *Eslabones perdidos. En busca del hombre primigenio*. Fondo Educativo Interamericano, México, 1982.

WENDT, H. *Tras las huellas de Adán. La novela del origen del hombre*. Ed. Noguer, Barcelona, 1973.